

Sobre los manuales *Der Städtebau* y el urbanismo en Latinoamérica: de Camillo Sitte a Karl Brunner

Arturo ALMANDOZ MARTE

Profesor Titular, Universidad Simón Bolívar, Caracas
y Profesor Titular Adjunto, Universidad Católica de Chile, Santiago.

RESUMEN: Partiendo de significados culturales, así como de valores historiográficos y epistemológicos atribuidos a Camillo Sitte y su manual *Der Städtebau* (1889), este artículo intenta revisar primeramente su influencia sobre algunas propuestas para ciudades de América Latina durante el arte urbano de la Bella Época. En el marco de las reformas académicas conducentes a la introducción del urbanismo en la enseñanza universitaria y práctica institucional, seguidamente se explora la relación del libro de Sitte con el del también austriaco Karl H. Brunner, primer texto publicado en Latinoamérica a finales de la década de 1930, representativo del urbanismo en consolidación en la región. A través de tal comparación teórica y disciplinar entre ambos momentos del *Städtebau* se trata de ilustrar el cambio en las prácticas urbanísticas latinoamericanas de entre siglos, del arte urbano a la disciplina profesional y contextualizada. Y esa comparación se apoya en premisas epistemológicas e historiográficas sobre los «textos instauradores» —en el sentido definido por la historiadora francesa Françoise Choay— que están a la base de los proyectos de investigación de los que este artículo se deriva.

DESCRIPTORES: Urbanismo. Manuales. Camillo Sitte. Karl Brunner. América Latina.

1. Consideraciones iniciales

Valga hacer dos consideraciones entre teóricas y metodológicas sobre el alcance y sentido de la búsqueda que este artículo se plantea, en el que se cruzan dos líneas de investigación sobre historiografía y

modernización urbana en Latinoamérica.¹ En primer lugar, estoy consciente de las limitaciones que Michel Foucault, por ejemplo, ha señalado a propósito de las cuestionables «unidades de discurso», tales como las nociones de continuidad (tradicición, desarrollo, influencia, evolución, mentalidad, espíritu), las entidades

Recibido: 06.04.2015.

Correo electrónico: almandoz@usb.ve; aalmandoz@uc.cl
El autor agradece los valiosos comentarios de los evaluadores anónimos.

¹ El artículo resulta del cruce de dos líneas de investigación desarrolladas por el autor en la última década: (1) «Historiografía urbana en América Latina», Centro de Inves-

tigaciones Posdoctorales (Cipost), Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), Universidad Central de Venezuela (UCV). (2) «Modernización urbana en América Latina, 1850-1950. Historia cultural y representación», Decanato de Investigación y Desarrollo (DID), Universidad Simón Bolívar (USB); Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEUT), Universidad Católica de Chile.

del libro y de la obra, las separaciones disciplinarias, entre otros artilugios epistemológicos sobre los que se han establecido las supuestas «regularidades discursivas» y genealogías que una pesquisa como la de este artículo persigue. Sin embargo, creo que lo que el autor de *L'archéologie du savoir* (1969) previene sobre los engañosos límites de las entidades del discurso —sobre todo con respecto al «pequeño paralelepípedo» representado por el libro, cuya definición pierde forma desde el momento mismo en que se dobla entre nuestras manos— nos permiten precisamente referirlo como unidad relativa de nuestra búsqueda; porque, como señala el mismo Foucault:

«Es que los márgenes de un libro no son jamás nítidos ni cortados rigurosamente: más allá del título, las primeras líneas y el punto final, más allá de su configuración interna y de la forma que le da autonomía, él está inserto en un sistema de reenvíos a otros libros, a otros textos, a otras frases: nudo en una red» (FOUCAULT, 1969: 34).²

Como estamos por revisar un corpus eminentemente literario, apelo aquí también a la noción de *textes instaurateurs* utilizada por Françoise Choay en *La règle et le modèle* (1980), una de las pocas obras que, hasta donde conozco, se han planteado una pesquisa similar en el campo de los estudios del espacio. Desde *De re aedificatoria* (1452) de Alberti y *Utopia* (1516) de Moro, hasta *Der Städtebau* (1889) de Camillo Sitte y *La ville radieuse* (1933) de Le Corbusier, la historiadora francesa logra allí una vasta revisión de libros fundamentales que han buscado la preceptiva arquitectónica y la normativa del espacio. Y como bien señala la autora en consonancia con nuestra búsqueda, la condición instauradora de los textos se refiere a:

«la constitución de un aparato conceptual autónomo», pero no pretende, en un sentido riguroso, «marcar la fundación de un campo científico» a través de aquéllos (CHOAY, 1980: 14).

Tratemos entonces de vislumbrar ese aparato conceptual y sus relaciones a propósito de dos «textos instauradores» en el campo urbanístico: los manuales de los austriacos Camillo Sitte y Karl Brunner.

2. Cultura y civilización, arte y ciencia³

Al igual que ocurre con otras transferencias a lo largo de la modernización urbana en América Latina entre siglos, es necesario primeramente tener presente los significados y connotaciones extradisciplinares asociados con una figura como Camillo Sitte (1843-1903) al iniciar una búsqueda historiográfica y epistemológica como la que este artículo se plantea. Sin estar con frecuencia debidamente diferenciada de la obra más ingenieril de Reinhard Baumeister; o del profesionalismo enciclopédico de Joseph Stübben, con las cuales fue «empaquetado» al ser exportado fuera del mundo germano (COLLINS & COLLINS, 1986: 100), creo que la resonancia más general de Sitte en el contexto latinoamericano está, al igual que en otros, impregnada de aquel romanticismo tardío que el admirador de Richard Wagner ciertamente representó. Entre otros rasgos, tal romanticismo fue manifiesto en el historicismo de su repertorio de ejemplos, en su secular creencia en el nacionalismo fundado en la cultura, así como en la delimitación decimonónica entre arte e ingeniería (KARNAU, 1992: 97).

Encuadrado en ese plexo de significados, el arte urbano sitteano puede verse como una expresión de corte moderno pero comunitario y culturalista, más que asociativo y civilizador, para apelar a la serie de dicotomías que parten de la «*Gemeinschaft* y *Gesellschaft*» (1897) de Ferdinand Tönnies (TÖNNIES, 1965). Esa *Gesellschaft* asociativa fue, como se sabe, desarrollada a comienzos del novecientos por Georg Simmel a través del dominio de lo material y público escenificado en la metrópoli, así como contrapuesto a la vida mental del individuo que la confronta y padece cotidianamente (SIMMEL, 1969). Posteriormente, la dicotomía de Tönnies puede decirse retomada como antinomia en términos de «cultura» y «civilización» por Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente* (1918), donde la ciudad tradicional es vista en tanto manifestación orgánica y balanceada de la primera, mientras que la metrópoli secular es escenario desenraizado e hipertrofiado de una civilización espuria y uniforme (SPENGLER, 1998, II: 139-60).

² A menos que se indique de otra manera, las traducciones de textos del francés, inglés e italiano son del autor del artículo.

³ La primera parte de este artículo se apoya en la ponencia «A propósito de Sitte: arte urbano, manual de urbanismo e historiografía urbana en América Latina», invitada al I Con-

gresso Internacional de História Urbana. Camillo Sitte e a Circulação das Ideias em Estética Urbana. Europa e América Latina: 1880-1930, Agudos, Brasil: Universidad Nacional Estadual de São Paulo (UNESP) Bauru, 7-9 octubre 2004. Las ponencias invitadas al evento fueron publicadas posteriormente en versión digital.

Podría entonces decirse que, con relación a esas categorías derivadas de la filosofía de la cultura y por lo atinente a la ciudad misma, hay una reserva en Sitte, correlativa de Tönnies y premonitoria de Simmel, frente a la gran magnitud y la «vida moderna» de las urbes finiseculares, matemáticamente obsesionadas por el transporte y el tiempo (SITTE, 1986, 230, 244). En lo que respecta al arte que da forma a esa ciudad, el culturalismo tradicionalista de *Der Städtebau* puede ilustrarse, por ejemplo, en la negativa al «empleo mecánico» —que no es una supresión, como a veces se ha entendido— de la monumentalidad, así como de las avenidas y calles rectas (SITTE, 1986: 205). Y eran estos elementos compositivos, como sabemos, de un urbanismo de ensanche o regularización, el cual desde finales del siglo XIX suprimía el pintoresquismo y proveía los decorados tempranos de las *Weltstädte* o ciudades mundiales; éstas fueron estigmatizadas por los mencionados autores de la primera sociología alemana, por ser epicentros de la uniformidad en el modo de vida, del asocioacionismo que mermaba lo comunitario, y del transvase civilizador que borraba las manifestaciones propiamente culturales.

Esa primera impresión romántica de un Sitte invocador de las peculiaridades vernáculas de lo local ha estado refrendada en la historiografía posterior, gracias a la muy difundida clasificación de la primera Choay, la de *L'urbanisme, utopies et réalités* (1965). Allí aparece el urbanista vienés en tanto exponente de un modelo «culturalista» que, junto a William Morris y John Ruskin, habría mirado con nostalgia hacia el pasado medieval (CHOAY, 1965: 41-43, 260-276). Conviene entonces estar atentos a la influencia de Sitte en América Latina, no sólo a través de las transposiciones directas de los principios de *Der Städtebau* (ver FIG. 1), texto que es la principal variable historiográfica considerada aquí, sino también, hasta donde sea posible, a través de los contenidos del aparato sitteano de significados; del romanticismo al culturalismo, pasando por el pintoresquismo, tales significados nos colocan en las fronteras del estudio cultural, como en otras búsquedas que hoy emprende la historiografía urbana en América Latina (ALMANDOZ, 2008: 129-132).

Pero las significaciones románticas del personaje y de su visión culturalista de ciudad, pueden tornarse más científicas y seculares al abordar epistemológicamente su discurso. Aun cuando el libro de Sitte «no es un manual o un texto de prescripciones, de res-

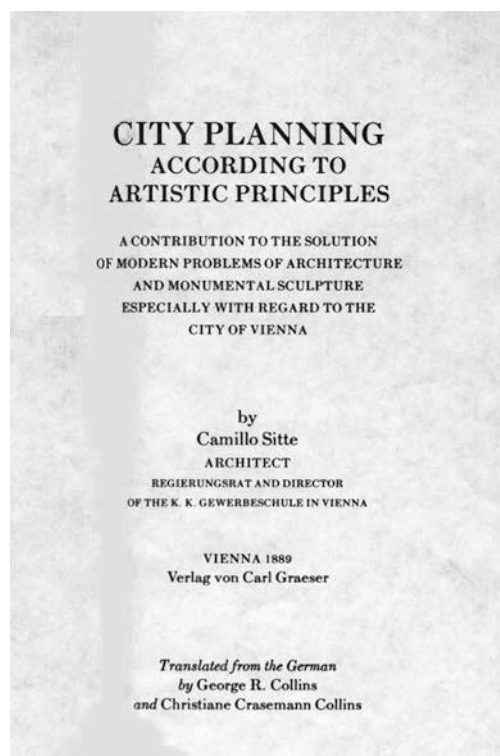


FIG. 1/ Portada de la traducción de *Der Städtebau* al inglés, por George R. y Christiane Crasemann Collins

Fuente: SITTE (1986).

puestas resolutivas, ni es sólo literatura de inspiración», sino que establece en cierta forma una categoría en sí mismo, como ha sido señalado por COLLINS (1992: 10), me permito utilizarlo en tanto variante del manual, no en el usual sentido de sugerencias operativas que pueda contener, sino en la acepción más general reconocida por la Real Academia Española: «Libro en que se compendia lo más sustancial de una materia». Asumiendo que ésta sea el urbanismo, creo que *Der Städtebau* puede considerarse manual no porque busque la científicidad de la nueva disciplina a la manera de Ildefonso Cerdá; o porque despliegue el componente ingenieril o higienista como lo hiciera Baumeister, sino más bien por apuntar desde temprano a la belleza como cuadrante inexplorado del dominio epistemológico urbanístico. Recordándonos la concepción de la poética aristotélica, y tal como el mismo Sitte lo expresara en la introducción a su clásico, el cuadrante estético no está refinado con el técnico, siendo ambos susceptibles de un análisis combinado a través de las ciudades antiguas, medievales y barrocas,

«de manera de descubrir sus elementos compositivos los cuales pueden llevar a la armonía y los efectos encantadores, por un lado, o a la falta de unidad o brillo, por el otro» (SITTE, 1986: 146).

Además de la preceptiva implícita en ese propósito, el sutil científicismo de este texto instaurador estriba, como lo señalara Choay en *La règle et le modèle*, en apelar al análisis transhistórico para «descubrir las leyes de construcción del objeto urbano bello», para lo cual se tenía que acudir necesariamente a la diacronía del recorrido; porque,

«sólo al confrontar sistemáticamente los conjuntos urbanos de épocas diferentes será posible hacer aparecer las constantes y las variables» (CHOAY, 1980: 313-14).

Volviendo a la composición epistemológica del urbanismo de base aristotélica —que la describiría en términos de ciencia, política, técnica y arte (SCHMIDT-RELENBERG, 1976; ALMANDOZ, 1993, por ejemplo)— puede decirse que, si bien *Der Städtebau* de Sitte no fue el más temprano manual de la disciplina —que más bien debe verse en su homónimo de Stübben, publicado en 1880— sí fue el texto fundante en lo que respecta a la modalidad de aquella como *arte urbano*.

Como ya fue señalado a propósito de *La règle et le modèle*, la condición instauradora de los textos arquitecturales, de Alberti a Le Corbusier, se refiere a «la constitución de un aparato conceptual autónomo», pero no pretende, en el sentido epistemológico, «marcar la fundación de un campo científico» a través de aquéllos. Enmarcado así en una genealogía epistemológica, *Der Städtebau* queda inserto en la red de reenvíos que se articula entre los libros nodales de una formación discursiva, en el sentido reconocido por Foucault en *L'archéologie du savoir* (FOUCAULT, 1969: 34). Apoyándose en éste, la segunda visión del manual de Sitte como plexo de conceptos permite a Choay superar su previa interpretación del historicismo de aquél como postura nostálgica; entre otras razones porque —a diferencia de los neomedievalistas ingleses con los que Sitte es agrupado en *L'urbanisme...*— la fundante condición artística de *Der Städtebau* no excluyó la búsqueda sistemática de una *Kunstwissenschaft* o ciencia del arte (CHOAY, 1980: 315); ello ha permitido que, a la postre, el manual haya tenido impacto en autores y obras de corte más profesional, tal como veremos ocurrió en América Latina. Por lo demás, también faltaba en el romántico culturalismo de *L'urbanisme...* de Choay, una más completa diferenciación de

tendencias en el medio germánico de finales del siglo XIX, contextualizando mejor el secularismo de Sitte, y demostrando que el también editor de la revista *Der Städtebau* no estaba de espaldas a las transformaciones de la ciudad industrial. Porque como señalan los Collins en este sentido, en el fondo se trataba de que para el urbanista vienés era:

«obvio que el crecimiento de la ciudad moderna no podía ser dejado a los técnicos, oficinas municipales, manuales o a la suerte, sino que era una tarea creativa» (COLLINS & COLLINS, 1986: 69).

Además de esa búsqueda científica trabada con lo estético, la peculiar tratadística aplicada en *Der Städtebau*, basada en el repertorio de ejemplos históricos en torno a problemas específicos de morfología, le ha permitido convertirse en áncora teórica de tratados posteriores del arte urbano (CALABI, 1992: 37-38). Entre muchos otros rasgos epistemológicos, ese arte cívico sitteano ha sido caracterizado por Calabi como uno en que el análisis histórico precede de manera necesaria a cualquier propuesta práctica, constituyéndose así aquél en primer momento cognoscitivo, con preeminencia incluso sobre lo teórico. Tal historicismo hace que, como último rasgo que me interesa resaltar,

«el pasado sea con frecuencia superior al presente y que pueda ser por tanto visto como fuente o sugerencia».

A través del rescate de constantes y variables en la historia urbana, la revisión histórica permitiría, por una suerte de jurisprudencia morfológica —que no es vuelta al pasado— fundamentar los principios de organización espacial de la ciudad coetánea y por venir (CALABI, 1992: 41-42). Esa fase epistemológica germinal de la disciplina, cuando el historicismo del arte urbano daba paso a la practicidad del urbanismo, es la que intento ilustrar más en la última parte, a través del *Manual de Urbanismo* de Karl Brunner, donde se reconoce ese sustrato sitteano para una nueva práctica profesional en Latinoamérica desde finales de la década de 1920.

3. Durante el arte urbano de la Bella Época

Básicamente entre 1890 y 1930 ocurre la difusión de lo que se considera la «doctrina» sitteana del *Städtebau*, la cual contribuye a la articulación teórica y profesional del movimiento internacional del urbanismo (ZUCCONI, 1992: 8). A lo largo de ese lapso, su mediatizado arri-

bo a América Latina es relativamente temprano, dentro de una fase constructiva y disciplinar que también puede denominarse «estética edilicia» o «arte urbano», entendido éste no en el propio sentido que utilizara el historiador vienés, sino más bien como fase antecedente del urbanismo profesional (ALMANDOZ, 2013: 128-165). Principalmente durante el arte urbano de la Bella Época latinoamericana, creo que es a través de la hibridación en el debate y la práctica como se produjo la incorporación del componente sitteano en algunos medios locales, mucho antes de que apareciera traducida la obra al castellano en 1929.

La referencia al paisajismo y pintoresquismo sitteanos emergieron, en la primera década del siglo XX, como alternativa frente a la hegemonía de la cirugía haussmanniana de bulevares y monumentalidad, tal como ocurre en la obra formidable de Francisco Saturnino Rodrigues de Brito (1864-1929) en Brasil. No sólo en su participación en proyectos paulistanos en Santos (1905-9) y São Paulo (1913, 1924-5), el ingeniero carioca apeló a Sitte como representante de un urbanismo más novedoso y versátil, para superar trazados geométricos que desconocían los relieves y valores locales (CAMPOS, 2000: 140-42). Fue un principio para una cirugía menos invasiva del tejido urbano que estuvo presente en sus proyectos de saneamiento y renovación en Belo Horizonte (1894-5), Vitória (1896), Campos (1902-3, 1924-9), Recife (1909-15), Curitiba (1921), Rio de Janeiro (1921) y Salvador de Bahía (1925) (PINHEIRO, 2002: 272).

El caso más evidente de esta utilización como alternativa de la haussmannización haya sido quizás el mismo São Paulo, donde la invocación de Sitte parece enmarcarse dentro de una reacción frente a la importación indiscriminada del urbanismo de regularización del prefecto del Sena, durante la gestión de Pereira Passos como prefecto de Rio de Janeiro en la primera década del siglo XX. Inserto en la rivalidad secular entre metrópolis que pugnaban por las capitalidades económica, política y cultural del Brasil, la reticencia frente al fachadismo de las calles vitrina al estilo de la Avenida Central (ver FIG. 2), se evidenció durante la gestión de Vitor Freire como director de Obras de la prefectura paulista. Tal como lo ha documentado profusamente CAMPOS (2000: 136-39), el ingeniero portugués reconocía que las arterias cariocas representaban ciertamente una mejora higiénica, pero resultaban rígidas y obsoletas vistas a la luz de un nuevo urbanismo que debía adaptarse mejor al paisaje y arquitectura locales; el gesto autonomista de Freire representaba a la vez una «herejía» frente al dogma



FIG. 2/ Avenida Central, Río de Janeiro, 1908, foto de Marc Ferrez. Colección Hoffenberg, Archivo Audiovisual de Venezuela, Biblioteca Nacional, Caracas

Fuente: ALMANDOZ (2013).

parisino que dominaba la Bella Época brasileña y latinoamericana. Como parte de esa abjuración, el naturalismo histórico de Ruskin o el pintoresquismo de Sitte y Charles Buls eran formas de desmarcar la modernidad paulista de la de las «capitales del siglo XIX», según se expresaba todavía en las propuestas de Ramos de Azevedo y Alexandre de Albuquerque (PEREIRA, 2002; RETTO, 2004); porque la metrópoli que se preciaba de tener el más rápido crecimiento del novecientos buscaba otros símbolos para sus peculiares expresiones de bonanza y progreso, desde los planes ferroviarios de la compañía Light, hasta las neogóticas mansiones de los barones del café.

Buscando entonces quebrar el eje de transferencia París-Río, a la vez que superar los códigos haussmannianos, la contratación de Joseph Bouvard (1840-1920) en 1911 puede ser vista como un avance menos herético y más inteligente de la alternativa sitteana en el caso de São Paulo. Haciendo uso de cierta concepción barroca del espacio monumental, la cual evidenciaba su pertenencia a otra tradición más academicista del diseño urbano, los proyectos de parques y avenidas del arquitecto municipal de París dejaban ver su admiración por los principios artísticos del maestro vienés, que algunos encuentran incorporados ya dentro del movimiento de la *City Beautiful* (SEGAWA, 1995: 34; PEREIRA, 2002: 93; ver FIG. 3), manifiesto en la exposición de 1900 que aquél había organizado. Por lo demás, Bouvard se alineó con las posiciones de Freire —abandono del dominio del trazado reticular y rescate del pintoresquismo— todo ello sin dejar de encarnar, por supuesto, el prestigio civilizador francés que era una suerte de condición *sine qua non* para actuar en casi cualquier medio latinoamericano a la sazón (CAMPOS, 2000: 143-46).

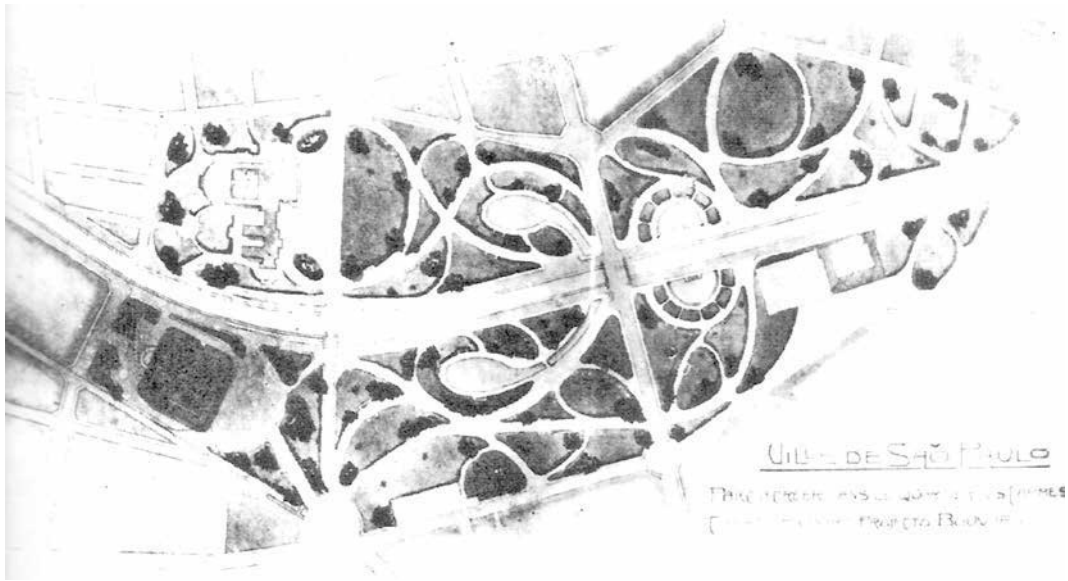


FIG. 3/ Propuesta de parque en la Várzea do Carmo, 1911, de Joseph Bouvard

Fuente: SEGAWA (1995).

Pero un personaje tan polifacético y solicitado como Bouvard podía significar muchas cosas en los medios en los que fue contratado. Resultante de sus dos visitas de 1907 y 1909, el Nuevo Plan de la Ciudad de Buenos Aires (1909) —presentado por el urbanista francés a nombre de la comisión Honoraria de la que fuera encargado por el intendente Carlos Alvear— se apoyaba en referencias a Charles Buls, Eugène Hénard y Jean-Claude N. Forestier, pero confundiendo sus lecciones, como lo ha hecho notar Sonia Berjman, para el caso de una urbe porteña que había crecido sobre la expansión del damero. A diferencia de las grandes ciudades europeas en las que podía distinguirse un enrevesado núcleo histórico de un sector moderno trazado geométricamente,

«Buenos Aires no tenía una parte antigua llena de sinuosidades y curvas. Si se deseaba modificar el paisaje urbano se hubieran propuesto arterias opuestas a las rectas calles hispanas» (BERJMAN, 1998: 180).

Pero en cambio, Bouvard optó por 32 avenidas diagonales y ensanches, incluyendo los haces que partían de las plazas de Mayo y el Congreso.

Dentro de la controvertida contratación de Bouvard en Buenos Aires, sus propuestas versallescas fueron criticadas desde muy temprano por Benito Carrasco y Víctor Jaeschké. No

se trataba de un prejuicio contra sus diagonales —de hecho el segundo formaba parte de una comisión Pro-Avenidas Diagonales desde 1898— sino de sus elevados costos y falta de adecuación al creciente tráfico vehicular; pero por sobre todo estaba la reacción ante el mecanicismo de la eminencia francesa que venía —como lo puso Jaeschké en artículos del diario *El Tiempo* y el suplemento *Arquitectura*—

«acostumbrado a enderezar las calles tortuosas de París y a trazar avenidas en línea recta, para hacer contraste con las curvas que allí existen en exceso».

En la sorpresa del egresado de la Technische Hochschule de Múnich ante la indiscriminada y descontextualizada combinación de calles rectas y diagonales, así como ante la ausencia de «alguna avenida en curva graciosa y suave o sinuosa que esperábamos» (BERJMAN, 1998: 191), está como tácita una exigencia derivada de lecciones del maestro vienés, la cual Jaeschké seguiría voceando en tanto:

«principal introductor del pintoresquismo sitteano en Buenos Aires» (GORELIK, 1998: 221-2),

llegando a publicar en 1926 un artículo sobre este tema en la *Revista de Arquitectura*. En ese mismo año, Léon Jausse refería a Sitte en sus conferencias durante su visita a la capital argentina, así como lo hiciera con otros

urbanistas como Ebenezer Howard. También lo haría Werner Hegemann en su visita a Buenos Aires y Rosario en 1931, apoyándose en la reinterpretación que *The American Vitruvius* —su manual con Elbert Peets, publicado en 1922— diera de un «arte cívico» análogo al *Städtebau* sitteano (COLLINS, 2005: 142-143; PÉREZ ESCOLANO, 1992: 161).

Así, un Sitte más mediatizado y etiquetado quizás, fue utilizado de manera tácita o explícita en debates profesionales como el porteño, para oponer el abuso de soluciones academicistas a la francesa. Las propuestas para el centro de La Habana, formuladas por Enrique J. Montoulieu (1879-1951) y Pedro Martínez Inclán (1883-1957) (ver FIG. 4), autor de *La Habana actual* (1925), tomaron asimismo referencias de Sitte, entre otros urbanistas de entre siglos, incluyendo a Soria y Mata, Hegemann y Brunner (SEGRE, 2002: 206; SCARPACI & al., 2002: 63-4). Sitte y Baumeister también habían estado entre los autores considerados en el rico debate urbanístico que acompañó la formulación de una nueva etapa del plan para el Medellín Futuro, que entre 1910 y 1925, apeló a referencias sorprendentemente diversas para un medio provinciano, incluyendo a Howard, Raymond Unwin, Patrick Geddes, Herman Muthesius, Daniel Burham y Frederick Law Olmsted (GONZÁLEZ ESCOBAR, 2004).

En el proceso de transferencia urbanística de Europa a América Latina a finales de la Bella Época, Sitte devino así parte de un paquete de referencias germanas, donde se desdibujaron las diferencias que, en su contexto original, tuviera con respecto a Baumeister o Stübben, por ejemplo (COLLINS & COLLINS, 1986: 100). Como padre reconocido que ya para entonces era del *Städtebau*, su influencia parece cruzarse a la vez con algunos de los anglosajones pioneros del *town planning*, como Howard y Unwin; tal injerto fue notable, como se señaló, en urbes como São Paulo y Medellín (RETTO, 2004; GONZÁLEZ ESCOBAR, 2004), las cuales quisieron explorar opciones diferentes del afrancesado academicismo dominante en las capitales. Posteriormente, creo que la misma invitación que se hiciera a Karl Brunner para coordinar, desde 1929, los planes urbanos y proyectos de Santiago, Bogotá y Ciudad de Panamá, representó un gesto de reconocimiento y respeto profesional a una tradición urbanística germana que, para los latinoamericanos, tenía su génesis en el mismo Sitte (FIGUEROA, 1995: 84).

Más hibridado y mutado, el arte urbano sitteano puede decirse de alguna manera presente en el sustrato de propuestas de los primeros planes de algunos representantes del academicismo francés; desde las ya señaladas de



FIG. 4/ Plano de Jean-Claude Nicholas Forestier para La Habana, 1926. Archivo Roberto Segre

Fuente: ALMADOZ (2013).

Bouvard para Buenos Aires y São Paulo, pasando por las de Forestier para Buenos Aires, México y La Habana, hasta las de Alfred Agache para Río y Maurice Rotival en Caracas. No olvidemos en este sentido que los servicios de aquellos urbanistas y paisajistas fueron requeridos también desde el norte de África por el mariscal Lyautey, gran admirador de Sitte (RAGON, 1971-1978, I: 323). Después de todo, ese *Hausmannisme amélioré* con el que Gaston Bardet trató de agrupar los componentes del academicismo exportado entreguerras por Francia a sus colonias y otras regiones del mundo que le eran culturalmente tributarias (BARDET, 1939), era en el fondo un compuesto heterodoxo de ingredientes pre-urbanísticos de diversa procedencia, los cuales intentaron dar respuesta a la ciudad en expansión utilizando recursos estéticos tradicionales (ALMANDOZ, 2013: 245-252).

El ingrediente sitteano resuena así en la «estética edilicia» que impregnó las propuestas de Forestier y Jaussely para el Buenos Aires de los años veinte, las cuales parecieron lograr más acogida que el primer proyecto de Le Corbusier presentado en su viaje de 1929 (GUTIÉRREZ, 1995: 36-40). Ya para entonces, en Argentina y otros países latinoamericanos, había cristalizado institucionalmente el urbanismo, llevando eventualmente a adoptar otras influencias menos academicistas, principalmente provenientes del modernismo emanado de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) (ALMANDOZ, 2013: 256).

4. Ecos académicos y manualescos

Más allá de las propuestas para planes urbanos —que en las capitales de América Latina parecieron alcanzar el valor de manifiestos o partidas de nacimiento de la nueva disciplina— también hay que considerar la influencia de Sitte en los medios académicos y profesionales, la cual pareció tener mayor alcance temporal. Tal como lo habían probado, en el contexto europeo, la *Town Planning Conference* convocada por el *Royal Institute of British Architects* (RIBA) en Londres en 1910, así como las exposiciones catalogadas por Werner Hegemann en Berlín (1910) y Düsseldorf (1912), sabemos que los eventos especializados, tanto de nivel nacional como interamericano, ayudaron al intercambio de referencias y proyectos requeridos para la cristalización de la disciplina. Bajo el patrocinio de Estados Unidos, desde finales del siglo XIX habían tenido lugar las Conferencias Interamericanas, las cuales ayudaron a difundir políticas de higiene y saneamiento urba-

nos; desde la primera década del nuevo siglo se sucedieron congresos de municipalidades o alcaldes convocados por los gobiernos nacionales, que después se harían interamericanos, con tempranas ediciones en La Habana y Santiago de Chile. En ese clima de creciente profesionalización, los Congresos Panamericanos de Arquitectura promovieron, a partir de los años veinte, la enseñanza del urbanismo en el marco de una orientación arquitectural muy cercana todavía al academicismo de los premios de Roma, combinado con la herencia artística de Sitte (HARDY, 1991: 143).

El componente sitteano estuvo presente en uno de los primeros cursos de urbanismo, introducido en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile en 1928 por Alberto Schade Pohlenz, autor de un plan para Santiago en 1923, cuyo programa inspiró, un año más tarde, un curso equivalente en la Universidad Católica (HOFER, 2003: 74-5). Otro caso temprano de penetración curricular fue el curso «Planificación de Ciudades y Arte Cívico», introducido en la Escuela Nacional de Bellas Artes de México, encomendado hasta 1929 al arquitecto Carlos Contreras, fundador de la revista *Planificación*; dos años más tarde, José Luis Cuevas Pietrasanta introdujo la materia de urbanismo en la Universidad Autónoma. La celebración del Primer Congreso Nacional de Planeación en 1930, por iniciativa de la Asociación Nacional de Planificación, así como la promulgación el mismo año de una ley general en esta materia, confirman el temprano desarrollo de un marco profesional y jurídico en México, lo que permitió que en 1939 apareciera el posgrado en Planificación y Urbanismo en el Instituto Politécnico Nacional (VALENZUELA, 2014).

Entre otras iniciativas, también a comienzos de los años treinta, la reforma de Lúcio Costa en la Escola Nacional de Belas Artes, buscaba la institucionalización de la enseñanza del urbanismo en Brasil; habiendo propulsado desde 1929 la cátedra de urbanismo en la Universidad del Litoral en Rosario, Carlos della Paolera pasó a ocupar desde 1933 la misma cátedra en la Universidad de Buenos Aires (RANDLE, 1977: 12). Karl Brunner hace referencia a que en estos cursos del pionero argentino la «historia de las ciudades» tenía gran importancia tanto en la primera parte, sobre «evolución urbana», como en la tercera, dedicada al «arte urbano o urbanización» (BRUNNER, 1939, I: 24-5). Sin embargo, más allá del temario histórico, según el testimonio dado por Hardy, el contenido de esos primeros cursos de urbanismo no facilitaba ni la comprensión de la ciudad ni de los centros históricos de rápida expansión

y congestión; ocurría como con el naciente urbanismo que se practicaba entonces: si bien había algunas intervenciones de corte funcionalista, los planes de renovación permanecían apegados a la aproximación parcial sobre el tráfico, los espacios verdes o el embellecimiento, sin incorporar dimensiones económicas, sociales o ambientales propias de la planificación técnica (HARDOY, 1991: 143).

No es una impresión muy diferente a la dada para el medio español por Gabriel Alomar, quien recuerda en su *Teoría de la ciudad* (1947), que cuando estudiaba en la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona a comienzos de la década de 1930, si bien había un curso de urbanismo, lo que se enseñaba «era totalmente absurdo y falto de sentido», apoyándose sobre todo en los textos de Stübben, mientras que el manual de Sitte circulaba «fuera del aula» (ALOMAR, 1947: 25-26). No queda claro si esta circulación extraoficial de *Construcción de ciudades según principios artísticos* era debida a una popularidad entre los estudiantes de la traducción de Canosa, aparecida en 1926; o si era una suerte de marginación ocasionada por el estigma academicista que Sitte ya tenía entre los miembros del *Grup d'Arquitectes i Tècnics Catalans per al Progrès de l'Arquitectura Contemporànea* (Gatecpac) (COLLINS & COLLINS, 1986: 74). Vinculado a los planteamientos de los CIAM y fundado por Joseph Lluís Sert a su regreso de París a Barcelona en 1930, el Gatecpac parecía hacerse eco de la crítica que Le Corbusier planteó en *Urbanisme* (1925) sobre el manual de Sitte, cuyo insidioso pintoresquismo y «glorificación de la línea curva» habían conducido a una estética de «equivocación espantosa y paradójica, en los tiempos del automóvil» (LE CORBUSIER, 1925: iii, 9-10). Por extraviar al hombre moderno en el camino de los asnos —para utilizar las mismas imágenes de la primera parte del libro corbusiano— quedaba el pintoresquismo sitteano tan condenado en su obsolescencia como el academicismo de *Beaux-Arts*.

Además de las tempranas revistas especializadas en temas urbanos —*Planificación* (1927) y *Casas* (1935) en México; *Arquitectura* y *La Ciudad* (1929) en Buenos Aires; *Ciudad y Campo* en Lima; *Revista de Engenharia* (1911) en São Paulo; *Zig-zag* y *Urbanismo y Arquitectura* (1939) en Chile; la *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas* (1911) y la *Revista Municipal del Distrito Federal* (1939) en Venezuela, entre otras— la consolidación de la nueva disciplina en América Latina se hacía sentir en el uso de traducciones o versiones originales de textos de los urbanistas pioneros en



Fig. 5/ Portada del primer volumen del Manual de Urbanismo, de Karl H. Brunner

Fuente: Archivo ARTURO ALMANDOZ.

el Viejo Continente, tales como *Town Planning in Practice* (1909) de Raymond Unwin, *Qu'est-ce que l'urbanisme?* (1926) de Pierre Lavedan, y la *Introduction à l'urbanisme* (1929) de Marcel Poëte, entre otros (GUTIÉRREZ, 1996). También circulaban las compilaciones de experiencias de famosos profesionales que visitaron y trabajaron en América Latina, destacando los manuales *Grandes villes et systèmes de parcs* (1904) de Forestier, y, por sobre todos, el *Manual de Urbanismo* de Karl Brunner, publicado en Bogotá a finales de los años treinta (VIO-LICH, 1944: 169-174; ver FIG. 5).

5. Karl Brunner y su experiencia latinoamericana⁴

Nacido en Perchtoldsdorf, Austria, Karl Heinrich Brunner (1887-1960) estudió ingeniería y arquitectura en la Technische Hochschule de Viena; allí fue asistente del profesor Karl Mayreder, jefe del departamento municipal de planificación y creador del curso *Städtebau*,

⁴ En esta sección y la siguiente me apoyo en ALMANDOZ (2008) y en pasajes de ALMANDOZ (2016).

uno de los pioneros en universidades germanas. Durante la Primera Guerra Mundial, Brunner fue lugarteniente de aviación y colaboró en la construcción de alojamientos para tropas y suministros en Viena y en la Baja Austria. En su tesis doctoral de 1918 —sobre «La cultura de las grandes estructuras en arquitectura»— Brunner señaló el agotamiento de las concepciones artística y técnica entre las que había oscilado el *Städtebau* decimonónico, abogando por incorporar ingredientes políticos y sociográficos que lo hicieran más interdisciplinario. Trabajando desde comienzos de la década en la planificación y construcción de viviendas en la Baja Austria, Hungría y Checoslovaquia, en 1924 Brunner ganó la cátedra de Urbanismo en la Universidad Técnica de Viena con la tesis «*Baupolitik* (política urbana) como Ciencia», publicada al año siguiente (HOFER, 2003: 199-200).

Promoviendo cuestiones como la dimensión política del urbanismo y la intervención estatal en vivienda social, desde 1926 el joven profesor publicó en Múnich el suplemento *Baupolitik*, fusionado tres años más tarde con la revista *Der Städtebau*, editada desde Berlín por Werner Hegemann. Habiéndose unido en 1926 al grupo de International Housing and Town Planning (IHTP, Vivienda y Urbanismo Internacionales), basado en Londres, dos años más tarde Brunner publicó *Weisungen der Vogelschau* (1928, Lecciones de la vista de pájaro), en la que ahondaba sobre las aplicaciones urbanísticas de la fotografía aérea y otras técnicas militares aprendidas durante su servicio en la Gran Guerra (HOFER, 2003: 72-82, 199-201).

Tales eran el perfil y la experiencia del profesor Brunner (ver FIG. 6) al momento de ser abordado en su curso universitario por el arquitecto Rodolfo Oyarzún Philippi, enviado por el gobierno chileno a estudiar en Europa junto a otros colegas. Una invitación para ser asesor del ministerio de Obras Públicas de Chile llegaría a la oficina vienesa de Brunner en julio de 1929 (HOFER, 2003: 73-76). El académico y planificador austriaco nunca había estado en Latinoamérica, continente cuya población aumentara de 63 a 130 millones entre 1900 y 1940, convirtiéndose en la menos rural y más dinámica entre las regiones subdesarrolladas del mundo (ALMANDOZ, 2013: 190-193).

A diferencia de Sitte, para quien Latinoamérica acaso no pasó de ser una lejana referencia geográfica, no obstante el eco que tuvo su manual, como señalamos anteriormente; a diferencia de Hegemann, quien no materializó ningún proyec-



Karl Heinrich Brünner. Bogotá, c. 1935.

FIG. 6/ Karl H. Brunner, Bogotá, circa 1935. Cortesía de Andreas Hofer

Fuente: HOFER (2003).

to en Argentina después de su visita en 1931, Brunner tuvo la oportunidad de trabajar en Chile (1929-1932, 1934), Colombia (1933-1948) y Panamá (1940-1941), en todos los cuales llevó adelante iniciativas profesionales, institucionales y académicas. En el país austral, los más de los esfuerzos de Brunner durante su primera estadía —cuando trabajara en la sección de Urbanismo del ministerio de Obras Públicas— se concentraron en producir una nueva *Ley Nacional de Construcción*; sustituyendo la de 1929, la cual establecía un plan urbano para ciudades con más de 20.000 habitantes, la legislación del 36 bajó el umbral a 8.000 (HOFER, 2003: 87-88). Mientras trabajaba en Bogotá en 1934, Brunner fue contratado por la comuna de Santiago para elaborar un plan urbano finalmente aprobado en 1939; acentuando la función administrativa del centro histórico mediante la introducción de bloques de oficina en el así llamado Barrio Cívico, el plan orientó el desarrollo de la ciudad hasta 1960, bajo la supervisión de Roberto Humeres (PÉREZ & ROSAS, 2002: 130-132; PAVEZ, 2009-2010; ver FIG. 7).

En 1933 Brunner fue contratado por la alcaldía de Bogotá —ciudad que se preparaba a conmemorar 400 años de fundación— así como por el departamento de Urbanismo recientemente creado (MONTROYA, 2013: 87-88). Pasando de 100.000 habitantes en 1900 a 300.000 en 1930, Bogotá se había expandido con dis-

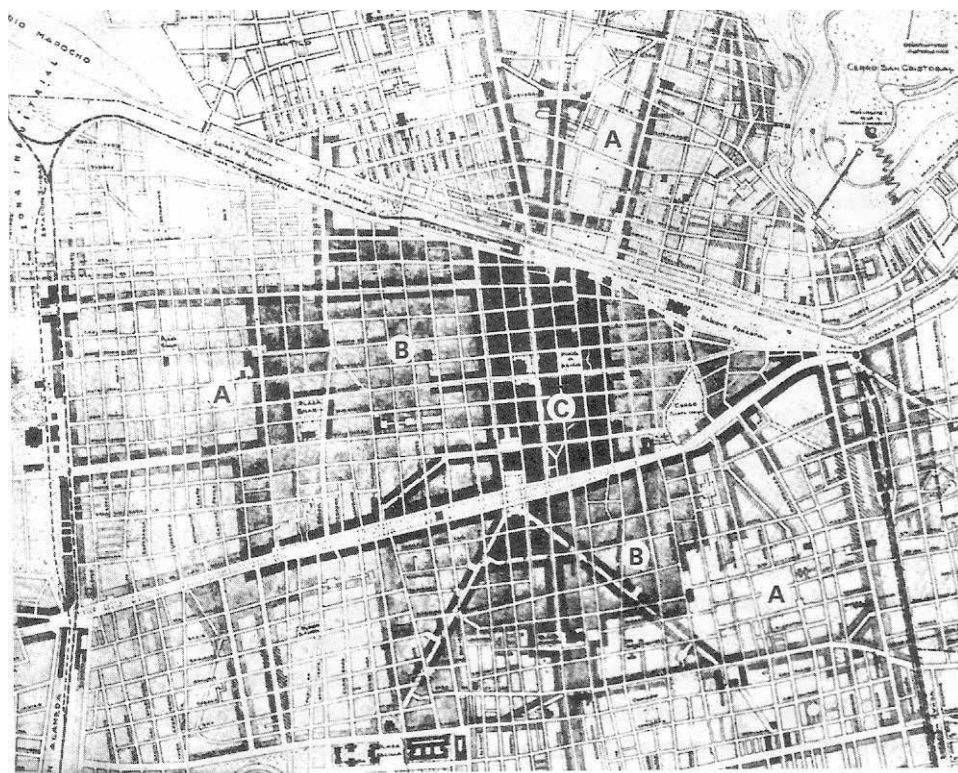


Fig. 7/ Plan de Karl Brunner para el centro de Santiago, incluyendo zonificación y diagonales

Fuente: BRUNNER (1932).

continuidades estructurales y problemas funcionales entre sus diferentes sectores, por lo que el planificador austriaco introdujo conexiones entre el centro tradicional, los ensanches decimonónicos y los suburbios de comienzos del siglo xx. El plan elaborado en 1936 bajo la supervisión de Brunner intentó integrar fragmentos de la estructura urbana como la Ciudad Universitaria y El Campín, introduciendo al mismo tiempo un eje conector del corazón bogotano con la ciudad satélite de El Salitre (MONTROYA, 2013: 100-101). Albergando 60.000 residentes, esta última era tributaria de las «ciudades jardín autónomas» creadas en Estados Unidos durante la administración del *New Deal*, muy en sintonía con la política de Buena Vecindad hacia Latinoamérica de Franklin D. Roosevelt (HOFER, 2003: 69, 89; ver FIG. 8). A nivel nacional, además de participar en proyectos para Medellín, Cali, Barranquilla y otras ciudades del interior, Brunner promovió un decreto aprobado en 1941, por medio del cual cada municipio sobre 10.000 habitantes debía tener un plan de desarrollo urbano, mientras que los que superaban los 30.000 también debían contar con un instrumento de zonificación (HOFER, 2003: 92).

Durante su residencia en Colombia hasta después de la Segunda Guerra Mundial, Brunner fue requerido por el gobierno de Arnulfo Arias en Panamá, donde estuvo entre diciembre de 1940 y febrero del año siguiente. Aquí participó el urbanista en varios proyectos, pero la única iniciativa que prosperó fue una ley urbana promulgada en junio de 1941, aunque su aplicación fue interrumpida por un golpe de Estado contra Arias el mismo año (URIBE, 1996).

Tal como había hecho en Chile, Brunner enseñó en la Universidad Nacional de Colombia entre 1933 y 1948. Su intención original era retornar a Viena en el 38 para reemplazar a Peter Behrens en la Academia de Bellas Artes, posición que ganara durante sus vacaciones de 1937 en la capital austriaca. Pero los nazis anulaban este nombramiento después de su ocupación en marzo de 1938, por lo que Brunner cambió de planes y continuó actividades en Colombia (HOFER, 2003: 90, 203-204), dedicándose entonces a publicar los dos primeros volúmenes de su *Manual de Urbanismo* (1939-1940).



FIG. 8/ Propuestas de Karl Brunner para Bogotá, indicadas en gris; El Salitre se encuentra al suroeste

Fuente: Cortesía de Andreas Hofer; tomado de HOFER (2003).

6. Tradiciones teóricas e historiográficas en el manual de Brunner

A pesar de la distancia generacional y de provenir Brunner de la tradición de la *Baupolitik*, su manual establece interesantes y explícitas relaciones con el legado de Sitte, al tiempo que representa otro eslabón en la genealogía de libros nodales del urbanismo. Si bien no sea quizás texto instaurador universal en el sentido distinguido por Choay, sí alcanzó una condición fundadora de la disciplina en español y en Latinoamérica, incorporando por vez primera el repertorio de referencias bibliográficas y ejemplos regionales.

Al año siguiente de la aparición de *La cultura de las ciudades* (1938), el antiguo profesor de la Universidad Técnica de Viena publicó su *Manual de Urbanismo*, en el que no sólo se hace referencia al libro de Lewis Mumford —incluyendo el epígrafe inicial— sino también se toma la idea de éste —heredada de Patrick

Geddes y la primera historiografía urbana francesa: Pierre Lavedan, Marcel Poëte, Gaston Bardet— de cierto fatalismo entre el siglo XIX y XX (ALMANDOZ, 2008: 48-66). En este sentido, Brunner se refirió al «cuadro desarticulado» que presentaban las metrópolis de la segunda mitad del XIX, las cuales demostraban que:

«la humanidad perdió el sentido de continuidad en su progreso cultural paulatino, para incurrir en errores cuyas consecuencias fueron desastrosas para el progreso de la civilización humana» (BRUNNER, 1939-1940, I: 13).

Sin embargo, su condición de practicante y asesor internacional se impone al historicismo sombrío para adoptar una posición más optimista con respecto a la posibilidad de consolidar un urbanismo científico y práctico a la vez, que pudiese controlar las grandes cuestiones urbanas —vivienda, saneamiento, edificaciones y rascacielos, urbanizaciones, vialidad y tránsito, urbanismo subterráneo— en términos de las cuales el manual de Brunner se estructura.⁵

⁵ Después de la «Síntesis» inicial, el primer volumen se ocupa de «vivienda urbana» y «saneamiento», mientras que el segundo trata de «edificaciones urbanas», «urbanizaciones», «rascacielos», «vialidad» y «urbanismo subterráneo». El tercer volumen cubriría «zonificación», «áreas verdes», «aeródromos» y «arte urbano: histórico y moderno» (BRUNNER, 1939-1940, II: V). Este último volumen no

fue publicado, debido a una combinación de dificultades logísticas impuestas por la Segunda Guerra Mundial y los cambios administrativos y políticos en Colombia, que eventualmente llevaron al Bogotazo de 1948. Por razones de extensión, solo nos ocupamos aquí de aspectos teóricos, epistemológicos e historiográficos.

Basado en los seminarios dictados por el autor en la facultad Nacional de Arquitectura de Viena en 1924, así como en el Congreso de la Academia Alemana de Urbanismo en Heidelberg en 1928 (COLLINS, 2005: 185, 193, 254), éstos a su vez organizaban la materia según una concepción epistemológica del *Städtebau* en sus componentes político-sociológico, técnico y artístico, contemplándose dentro de este último la «historia del arte urbano» (BRUNNER, 1939-1940, I: 24). Valga señalar que, tributaria de los tipos de conocimiento aristotélicos, tal visión del urbanismo por modalidades o momentos disciplinares persistiría en ulteriores aproximaciones sistémicas germanas (SCHMIDT-RELENBERG, 1976). Si bien el manual de Sitte preside la lista de la bibliografía en alemán recomendada por Brunner al comienzo del suyo (BRUNNER, 1939-1940, I: xii), puede decirse que no es frecuentemente citado como referencia práctica (BRUNNER, 1939-1940, I: 15; 195; II: 268); quizás habría de estar más presente en el tercer tomo de la obra, no publicado, el cual se ocuparía, entre otras materias, del arte y el urbanismo, tanto histórico como moderno (BRUNNER, 1939-1940, II: v). Sin embargo, las maneras y localizaciones de las referencias a Sitte confirman las entrecruzadas resonancias que éste había adquirido ya en la teoría y la historia y la práctica urbanísticas en América Latina.

Antes de entrar en cuestiones de lo que un urbanista de su generación ya consideraba como la «ciencia del urbanismo» —viviendas, saneamiento, edificaciones, vialidad, tránsito y urbanismo subterráneo— Brunner estructuró un capítulo histórico sobre la «evolución» de la disciplina moderna (BRUNNER, 1939-1940, I: 13-18). Reconociendo a John Ruskin como uno de los primeros en detectar «la pérdida completa de la tradición estética y artística» que sobreviniera con la Revolución industrial, Brunner distinguió a su compatriota como el continuador de esa tradición del *Städtebau*, abocada a «la reconquista de los dogmas artísticos del urbanismo pretérito». El linaje historicista de Ruskin y Sitte se emparentaría con la «labor reformadora» llevada adelante por el inglés Raymod Unwin y el alemán Schultze-Naumburg (BRUNNER, 1939-1940, I: 15-16); el primero de los cuales, como ya sabemos produjo el famoso *Town Planning in Practice* (1909), otro tratado disciplinar con el que el manual de Brunner también ofrece semejanzas notorias, y a través del cual parece alinearse en la estirpe reformista proveniente de Sitte. El urbanista austriaco diferencia esa tradición, por un lado, de la *École des Beaux-Arts*, la cual, si bien «llegó a veces a una con-

fusión en las expresiones arquitectónicas y a una exageración de la decoración», no perdió una continuidad que, aunada al impacto de las obras de Haussmann con la que la escuela estuvo asociada, le permitió alcanzar «una persistente influencia en las metrópolis americanas». Por otro lado, como tercer componente de la técnica del urbanismo, Brunner identifica el «arte» del *Landscape Architecture*, de origen inglés pero desarrollado entonces sobre todo por John Nolen en la Universidad de Harvard (BRUNNER, 1939-1940, I: 16-17).

Estableciendo así una interesante y sintética agrupación de las tendencias que para él daban cuenta de la evolución del urbanismo coetáneo —*Städtebau* historicista emparentado con el *Town Planning* anglosajón, *Beaux-Arts* de corte haussmanniano y paisajismo proveniente del *City Beautiful*— Brunner construye un espectro que semeja, a pesar de la notable ausencia de la ya para entonces consolidada presencia de CIAM, buena parte de las influencias que configuraban los planes urbanos en América Latina (ALMANDOZ, 2013: 242-263). Resulta en este sentido especialmente interesante el señalamiento de que, tal como ya hemos visto que ocurría en casos como Medellín o La Habana, el diseño sitteano fuera asociado por Brunner con el planeamiento al estilo de Unwin, en tanto alternativa al academicismo francés.

Más allá de su encuadre dentro del espectro de vertientes que habían articulado la evolución del urbanismo desde el siglo XIX, la ya mencionada búsqueda científica del tratado de Sitte hace que mantenga otras valencias epistemológicas para un manual tan profesional como el de Brunner, a pesar del tiempo transcurrido. Así, por sobre su orientación histórica y estética, el autor de *Der Städtebau* también habría ofrecido un primer eslabón dentro del largo abordaje sintético conducente a la comprensión de los problemas de la práctica disciplinar emergente:

«El conocimiento sintético de las relaciones que ligan los diversos aspectos de los problemas urbanísticos es de fecha reciente, como también el conocimiento de las influencias múltiples que ellos ejercen. Hasta hace poco se trataba cada materia aisladamente en orden cronológico, partiendo de un punto de vista exclusivamente estético-arquitectónico para considerar los problemas urbanísticos. Ha sido la labor del arquitecto vienés Camillo Sitte a fines del siglo pasado iniciar este camino. Las orientaciones posteriores les han dado mayor importancia a los problemas higiénico-sociales, particularmente a la manera

de modificar el sistema de edificar viviendas en las grandes ciudades. En otros casos se les ha dado la importancia que les corresponde a los problemas de vitalidad en las ciudades, motivados por el aumento rapidísimo del tráfico que en ellos se opera...» (BRUNNER, 1939-1940, I: 23).

No creo que sea del todo justa esta clasificación esteticista, considerando que un alegato frecuente en *Der Städtebau* es porque el desarrollo artístico de la disciplina vaya a la par de su componente ingenieril, de manera análoga a como lo pintoresco debe acompañar a lo práctico (SITTE, 1986: 221, 248). Pero Brunner parece en todo caso hacerlo en comparación con opciones más ingenieriles o abocadas a los problemas de transporte, sin desmerecer el carácter fundamental de la búsqueda sitteana entre otras del urbanismo de entre siglos; lo cual es confirmado por la apreciación de que *Der Städtebau* habría constituido «el origen de la restauración de una cultura moderna en el arte urbano» (BRUNNER, 1939-1940, I: 195). Además está el valor teórico-práctico del manual mismo, el cual sólo es posible para Brunner si su preceptiva se apoya sobre bases científicas.

«Para que un manual de urbanismo pueda servir, tanto a la perfección teórica como a la labor práctica, debe en primer lugar prestar atención al sistema científico, porque facilita enfocar mejor los problemas, y evita, por consiguiente, confusiones entre las influencias activas o por considerar. En segundo lugar, y siempre sobre la base del esquema científico, debe dicho manual tratar los problemas mismos que se presentan en la realidad de la vida urbana» (BRUNNER, 1939-1940, I: 19).

Visto desde este valor epistemológico intrínseco, *Der Städtebau* habría representado, aún sin ser mencionado a veces, un temprano eslabón dentro de esa señalada estirpe de libros que, al reunir componentes teóricos, históricos y técnicos, confiere estatus científico y profesional a la disciplina. Brunner parece así anticipar la interpretación de Wiczorek y de Choay de que el manual es indicativo de la madurez y autonomía de la formación discursiva, siendo en ese sentido el tratado de Sitte la primera síntesis para la vinculación entre ciencia e historia del arte urbano, lo cual le habría conferido un estatus teórico instaurador para libros ulteriores (CHOAY, 1965; WIECZOREK, 1980: 171, 194). Y entre éstos, a su vez, el manual de Brunner habría representando el tránsito de ese arte urbano a la condición científica, práctica y profesional de la disciplina, especialmente en el contexto latinoamericano del segundo tercio del siglo XX.

7. Consideraciones finales

Si bien ambos comparten, *mutatis mutandis*, la condición de «textos instauradores», los manuales de Sitte y Brunner alcanzan resonancias distintas en la epistemología y la práctica urbanística en América Latina, debido a la naturaleza tratadística de cada uno, los significados de los autores y la relación de éstos con la región. Con respecto al primero, si continuáramos con referencias posteriores a *Der Städtebau* en la bibliografía latinoamericana —más allá del alcance temporal de este artículo— ellas oscilan su valoración entre el tratado teórico o histórico y el manual preceptivo (ALMANDOZ, 2008: 145-154). Pero creo que si se consideran también los cambios ulteriores del siglo XX en las concepciones de la arquitectura y el urbanismo latinoamericanos, aquel valor epistemológico para la teoría y la historiografía tiene que ser completado con significados culturales que lo sitteano ha pasado a tener en la práctica de la disciplina, los cuales constituyen el introito de un fenómeno cíclico y paradigmático. Es una cuestión que bien señalaron los Collins en la conclusión del estudio introductorio a la traducción inglesa de *Der Städtebau*, después de revisar movimientos tan variados como el *townscape design* de los años sesenta o el subsiguiente postmodernismo:

«¿Es endémico lo sitteano como modo de análisis y planificación, aflorando cada cierto tiempo en la historia de una manera cíclica; o es un fenómeno moderno único, una búsqueda por una estética urbana retrospectiva cuyos auténticos vestigios sólo sobreviven en el Viejo Mundo y en lugares como Boston, Massachusetts?» (COLLINS & COLLINS, 1986: 128).

Me inclino por la primera opción, esto es, como modo de análisis latente que se ha tornado paradigmático, en el cual se intenta recuperar el pintoresquismo, los valores paisajísticos y las expresiones historicistas de una cultura; es por ello que creo que lo sitteano ha llegado a tener una nueva resonancia culturalista —para repotenciar así la denominación del modelo de Choay en un sentido más cercano a la antinomia de Spengler— como distinto y alternativo de lo civilizador, que ahora se nos ha tornado transnacional y global.

Las principales diferencias de Sitte con respecto a Brunner vienen dadas por la vinculación directa de éste con América Latina en el segundo cuarto del siglo XX, debilitadas empero por la menor resonancia de su obra en la práctica urbanística internacional en la segunda mitad del siglo, por contraste con el modelo sitteano.

La influencia de Brunner en Latinoamérica se desvanecía para finales de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en Colombia – donde sería bienvenido el modernismo funcionalista de Le Corbusier y CIAM, principalmente a través de la intervención de Josep Lluís Sert y la Town Planning Associates (ALMANDOZ, 2013: 276-288; MONTOYA, 2013: 103-158). Con todo y ello, el *Städtebau* de Brunner legó una suerte de escuela sistemática de enseñanza académica y contextualizada práctica profesional,

las cuales permitieron superar la concepción de arte urbano dominante hasta la llegada de aquél a finales de la Bella Época (PAVEZ, 2009-2010). Y fue ese cambio entre epistemológico, académico y profesional, epitomado en su manual en tanto texto instaurador regional, la principal contribución de Brunner al urbanismo latinoamericano e internacional; esta es, por cierto, cada vez más valorada por jóvenes urbanistas y arquitectos que parecían destinados a olvidar al maestro austriaco.

8. Bibliografía

- ALMANDOZ, A. (1993): «Consideraciones conceptuales sobre el Urbanismo», en *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, Vol. I, No. 98, Tercera Época: 625-636, Madrid.
- (2008): *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, Caracas.
- (2013): *Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas*, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEUT), Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- (2016): «Karl Brunner's contribution to Latin America's urbanismo», en K. BRUNNER, *Manual de Urbanismo* (1939), volumen I, trad. Arturo ALMANDOZ: viii-xxix, Routledge, Londres y Nueva York.
- ALOMAR, G. (1947): *Teoría de la ciudad. Ideas fundamentales para un urbanismo humanista*, Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), 1980, Madrid.
- BARDET, G. (1939): «Vingt ans d'urbanisme appliqué», *L'Architecture d'Aujourd'hui*, 3: III, 2-3.
- BERJMAN, S. (1998): *Plazas y parques de Buenos Aires: la obra de los paisajistas franceses. André, Courtois, Thays, Bouvard, Forestier, 1860-1930*, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- BRUNNER, Karl H. (1932): *Santiago de Chile. Su estado actual y su futura transformación*, Imprenta La Tracción, Santiago de Chile.
- (1939-40): *Manual de Urbanismo*, Imprenta Municipal, Bogotá, 2ts.
- CALABI, D. (1992): «L'arte urbana e i suoi teorici europei», en G. ZUCCONI (ed.), *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*: 35-44, FrancoAngeli, Milán.
- CAMPOS, C. M. (2002): *Os rumos da cidade. Urbanismo e modernização em São Paulo*, SENAC, São Paulo.
- CHOAY, F. (1965): *L'urbanisme, utopies et réalités. Une anthologie*, Éditions du Seuil, 1979, París.
- (1980), *La règle et le modèle. Sur la théorie de l'architecture et de l'urbanisme*, Éditions du Seuil, París.
- COLLINS, C. C. (1992): «Introduzione: l'ideale sittiano nel XXI secolo», en G. ZUCCONI (ed.), *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*: 9-12, FrancoAngeli, Milán.
- (2005): *Werner Hegemann and the Search for Universal Urbanism*, WW Norton & Company, Londres y Nueva York.
- COLLINS, G. R. & Christiane Crasemann COLLINS (1986): *Camillo Sitte: The Birth of Modern City Planning*, Rizzoli, Nueva York.
- FIGUEROA, J. (1995): «La recomposición de la forma urbana. K.H. Brunner 1932-1942», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 37/38: 83-91, Cedodal, Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. (1969): *L'archéologie du savoir*, Gallimard, 1992, París.
- GONZÁLEZ ESCOBAR, L. F. (2004): «Del higienismo al taylorismo: de los modelos a la realidad urbanística de Medellín, Colombia, 1870-1932», en *11th International Planning History Conference. Planning Models and the Culture of Cities*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona. Disponible en: <http://www.iphs2004.com>
- GORELIK, A. (1998): *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ, R. (1995): «Buenos Aires. Modelo para armar (1910-1927)», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 37/38: 36-40, Cedodal, Buenos Aires.
- (1996): «Modelos e imaginarios europeos en urbanismo americano 1900-1950», *Revista de Arquitectura*, 8: 2-3, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- HARDOY, J. E. (1991): «La situazione delle città latino-americane: analisi e soluzioni. La formazione di professionisti», en Giorgio PICCINATO (ed.), *Città, territorio e politiche di piano in America Latina*: 137-156, FrancoAngeli, Milán.
- HOFER, A. (2003): *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*, traducción L. Ungar y O. Martín, El Áncora Editores, Corporación La Candelaria, Bogotá.
- KARNAU, O. (1992): «Sitte e Stübben: arte versus tecnica», en G. ZUCCONI (ed.), *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*: 91-97, FrancoAngeli, Milán.
- LE CORBUSIER (1925): *Urbanisme*, Flammarion, París, 1994.
- MONTOYA, J. W. (2013): «Planificación, urbanismo y la construcción de la Bogotá moderna. De Brunner a Le Corbusier», en Isabel DUQUE FRANCO (ed.), *Historiografía y planificación urbana en*

- América Latina*: 73-168, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Geografía, Bogotá.
- PAVEZ, M. I. (2009-2010): «Temprana modernidad del Urbanismo en Santiago de Chile: interacciones entre Jacques Lambert, Karl Brunner, Luis Muñoz y Roberto Humeres», en K. Brunner *desde el Bicentenario*: 12-25, Universidad de Chile, Embajada de Austria, Santiago de Chile.
- PEREIRA, M. da S. (2002): «The Time of the Capitals: Rio de Janeiro and São Paulo: Words, Arctors and Plans», en A. ALMANDOZ (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*: 75-108, Routledge, Londres y Nueva York.
- PÉREZ ESCOLANO, Víctor (1992): «Canosa e la versione spagnola», en G. ZUCCONI (ed.), *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*: 24-28, FrancoAngeli, Milán.
- PÉREZ OYARZUN, F. & J. ROSAS VERA (2010): «Cities within the City: Urban and Architectural Transfers in Santiago de Chile, 1840-1940», en A. ALMANDOZ (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*: 109-138, Routledge, Londres y Nueva York.
- PINHEIRO, E. P. (2002): *Europa, França e Bahia. Difusão e adaptação de modelos urbanos. (Paris, Rio e Salvador)*, Edufba, Salvador de Bahía.
- RAGON, M. (1971-1978): *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes*, Casterman, 1991, 3ts., París.
- RANDLE, Patricio H. (1977): «Introducción» a Carlos María DELLA PAOLERA, *Buenos Aires y sus problemas urbanos*: 11-20, Oikos, Buenos Aires.
- RETTO, A. Da S. (2004): «Scales of modernity in an urban structure study: Vale do Anhangabau», en *11th International Planning History Conference. Planning Models and the Culture of Cities*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona. Disponible en: <http://www.iphs2004.com>.
- SCARPACI, J. & R. SEGRE & M. COYULA (2002): *Havana. Two Faces of the Antillean Metrópolis*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill y Londres.
- SCHMIDT-RELENBERG, N. (1976): *Sociología y urbanismo* (1968), traducción J. H. Orozco, Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), Madrid.
- SEGAWA, H. (1995): «1911: Bouvard em São Paulo», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 37/38: 31-35, Cedodal, Buenos Aires.
- SEGRE, R. (2002): «Havana, from Tacón to Forestier», en A. ALMANDOZ (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*: 193-213, Routledge, Londres y Nueva York.
- SIMMEL, G. (1969): «The metropolis and mental life» (1903), traducción H. H. Gerth, en R. SENNETT (ed.), *Classic Essays on the Culture of Cities*: 47-60, Appleton-Century-Crofts, Meredith Corporation, Nueva York.
- SITTE, C. (1986): *City Planning according to Artistic Principles* (1889), traducción George R. Collins, Christiane Crasemann Collins, Rizzoli, Nueva York.
- SPENGLER, O. (1998): *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (1918), traducción M. GARCÍA MORENTE, Espasa-Calpe, 2ts., Madrid.
- TÖNNIES, F. (1965): «*Gemeinschaft and Gesellschaft*» (1887), traducción C. P. LOOMIS, en *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory*: 191-201, The Free Press, Nueva York.
- URIBE, Á. (1996): «El Plan Brunner para la ciudad de Panamá», *Revista de Arquitectura*, 8: 20-21, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- VALENZUELA, A. (2014): *Urbanistas y visionarios. La planeación urbana de la Ciudad de México en la primera mitad del siglo XX*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, M. Á. PORRÚA Librero-Editor, México.
- VIOLICH, F. (1944): *Cities of Latin America. Housing and Planning to the South*, Reinhold Publishing Corporation, Nueva York.
- WIECZOREK, D. (1981): *Camillo Sitte et les débuts de l'urbanisme moderne*, Pierre Mardaga, Bruselas.
- ZUCCONI, G. (1992): «Premessa», en Guido ZUCCONI (ed.), *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*: 7-8, Franco Angeli, Milán.